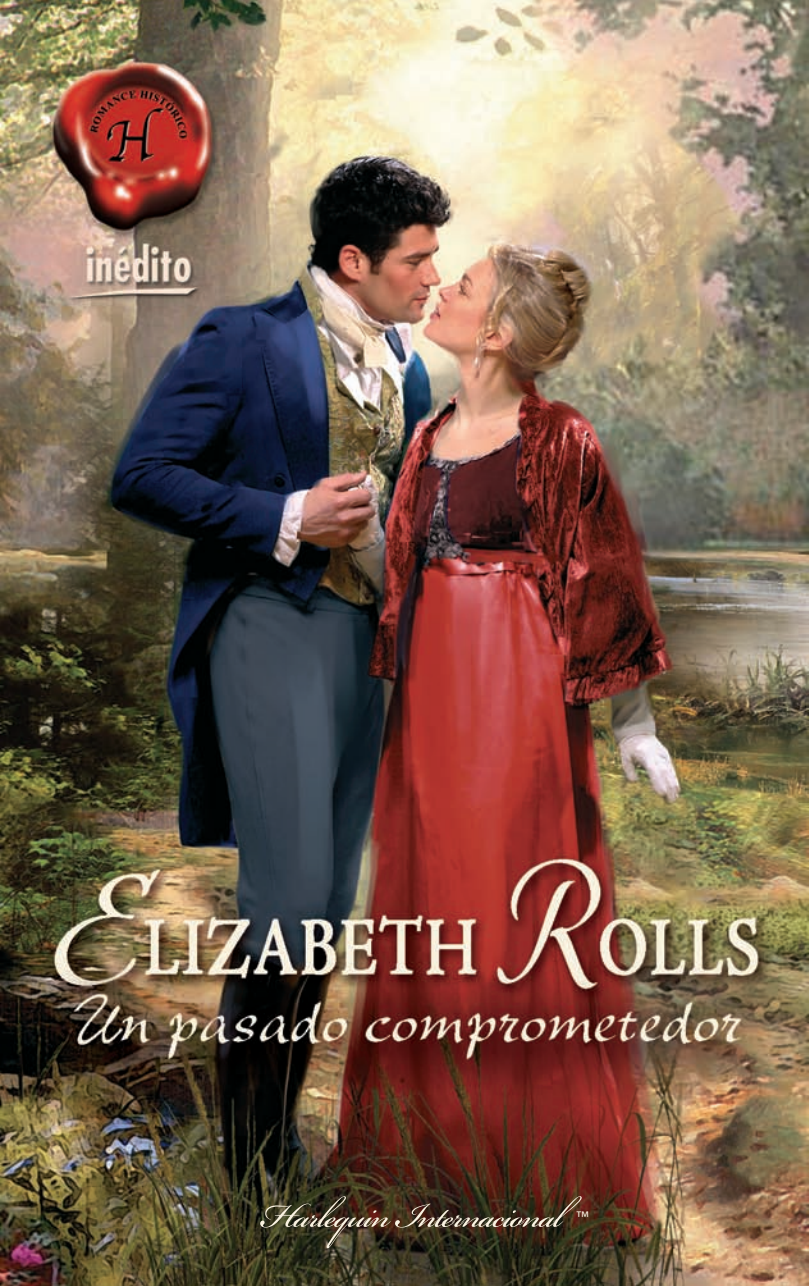

ROMANCE HISTÓRICO
H
inédito
ELIZABETH ROLLS
Un pasado comprometedor
Harlequin Internacional™

Elizabeth Rolls

Un pasado comprometedor



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2007 Elizabeth Rolls. Todos los derechos reservados.
UN PASADO COMPROMETEDOR, Nº 437 - 1.8.09
Título original: A Compromised Lady
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin, Harlequin Internacional y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Books S.A.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N. eBook: 978-84-6717-381-9
I.S.B.N.: 978-84-671-7381-9
Depósito legal: B-26143-2009
Editor responsable: Luis Pugni
Impresión y encuadernación: LITOGRAFÍA ROSÉS, S.A.
C/. Energía, 11. 08850 Gavá (Barcelona)
Fecha impresión Argentina: 28.1.10
Distribuidor exclusivo para España: LOGISTA
Distribuidor para México: CODIPLYRSA
Distribuidores para Argentina: interior, BERTRAN, S.A.C. Vélez Sársfield, 1950. Cap. Fed./ Buenos Aires y Gran Buenos Aires, VACCARO SÁNCHEZ y Cía, S.A.
Distribuidor para Chile: DISTRIBUIDORA ALFA, S.A.

Uno

—David…. ¡no puedes decirlo en serio! ¿Por qué iba él a querer de repente que volviera después de tanto tiempo? ¡Nada ha cambiado! —Thea tomó aliento—. Yo sigo… Sigo pensando lo mismo… No quiero volver. ¿Qué ha hecho que papá cambie de actitud?

David abrió la boca y volvió a cerrarla como si se lo hubiera pensado dos veces.

—No lo sé, Thea. Me imagino algo, pero como sólo me ha dicho que tengo que llevarte de vuelta a la ciudad, prefiero no decirlo.

La señorita Dorothea Winslow, desesperada, miró fijamente a su hermano en la penumbra de la sala de su tía Maria. Si la repentina llegada de David a North Yorkshire desde Londres había sido inesperada, las noticias que había llevado lo habían sido el doble. Se abrigó más con el chal. Estaba tiritando pese al fuego de la chimenea. Hacía veinte minutos estaba tejiendo unos calcetines con una tetera al lado, estaba tranquila y tenía calor. En ese momento, el frío de la lluvia que golpeaba contra la ventana le había alcanzado los huesos y el pánico la desasosegaba.

—Papá ha estado encantado de que desapareciera durante los últimos ocho años —insistió ella—. Ni

siquiera me permitió que asistiera el entierro de mamá. ¿Por qué ahora, David? ¡No irás a decirme que quiere que sea el báculo de su vejez!

—No lo creo —gruñó David mientras miraba fijamente el fuego—. Habla de un esposo para ti.

—¿Qué…? —preguntó Thea con la voz entrecortada—. Pero…

—Hace dieciocho meses, en el entierro de mamá, mucha gente preguntó dónde estabas; comentó que llevabas mucho tiempo ausente. Thea… que hayas enterrado tu corazón en la misma tumba que tu prometido no es motivo suficiente para que no te cases. Si la gente hace preguntas…

—Entiendo —ella se sosegó—. Si la gente hace preguntas, alguien podría descubrir la verdad…

Él se levantó bruscamente.

—Nuestro padre teme las habladurías y eso es un motivo para que te exija que vuelvas a Londres a pasar la temporada.

—¿Me lo exige? —preguntó ella.

—Sí. Me ha ordenado que te diga que si te niegas, no recibirás ninguna asignación.

—Aun así, puedo quedarme aquí con la tía Maria —replicó ella con los dientes apretados.

—Él ya le ha escrito para decirle que tienes que volver a Londres. ¿Crees que ella iba a enfrentarse a él? Depende de su apoyo económico.

—¿Pero por qué…? Si me quedo aquí…

Él tenía los ojos grises como el pedernal.

—Según nuestro padre, has tenido tiempo de sobra para reponerte de tu… de tu decepción —terminó con cierta brusquedad.

Thea hizo un movimiento impulsivo y la taza de té, ya frío, se estrelló contra el suelo.

—Entiendo. Naturalmente, ocho años es tiempo de

sobra para reponerse de una decepción. Sobre todo, si esa decepción no ocurrió nunca según alguien.

David no dijo nada.

—David, no puedes… —siguió ella.

—¡Por favor, Thea! ¿Crees que no he intentado disuadirlo? —David fue de un lado al otro de la sala—. Ya sé que no es lo que quieres y si lo que me imagino es verdad, yo tengo parte de culpa.

—¿Y no vas a contármelo?

—No. Es preferible que no te lo cuente.

Ella se estremeció. Tendría algunas compensaciones. Volvería a oír buena música y visitaría Hatchards. Además, al parecer no tenía otra elección, pero volver a vivir en casa de su padre…

—Supongo que se me habrá buscado una… señorita de compañía —dijo ella con cierta calma.

—Se ha dispuesto que te quedes con lady Arnsworth durante la temporada y que ella te acompañe.

Thea dejó escapar un suspiro de alivio, pero no dijo nada, se limitó a arrodillarse para recoger la porcelana hecha añicos.

Esa tarde, su tía Maria estaba sentada en una butaca mientras Thea hacía el equipaje.

—¡Claro que no, Dorothea! —exclamó mientras doblaba unos pañuelos—. Evidentemente, ¡Aberfield carece del más mínimo sentido de la integridad y la compostura! —miró con firmeza a su sobrina nieta—. No obstante, no soy quién para oponerme a él. No, Dorothea, no voy a intentar que cambie de opinión —sus labios, como su espalda, tenían un rectitud autoritaria—. Esperemos que durante estos ocho años haya aumentado tu sentido de la obligación hacia la familia.

Yo sólo puedo decir que lo he intentado por todos los medios.

—Pero tía…

La señorita Maria Winslow levantó una mano.

—No, Dorothea. Aberfield es tu padre y el cabeza de la familia. Yo no soy quién para llevarle la contraria. Harás lo que te pide que hagas.

Nada que hacer. Sin dinero ni amparo, tenía que volver a Londres. Thea extendió su mejor vestido, el de seda gris perla que reservaba para las visitas, dentro del baúl que tenía abierto encima de la cama. No creía que volviera a ponérselo más de un par de veces. Lo que era apropiado en Yorkshire, se despreciaba en Londres. Miró fijamente el vestido. En ese momento, le transmitía seguridad, anonimato. Todo lo que estaba a punto de perder.

Thea, con un libro abierto y olvidado sobre el regazo, estaba sentada en un rincón del carruaje que la llevaba a Londres. David estaba en el rincón opuesto leyendo un periódico.

—He estado pensando, David.

Él levantó la mirada del periódico.

—Me imaginaba que había algún motivo para que no hayas leído ni hablado durante media hora. ¿Qué estabas pensando?

—Papá no quiere que viva eternamente con él en Londres… ni siquiera en la residencia Arnsworth.

—Efectivamente. Cuenta con que te cases —confirmó él.

Ella retorció los guantes viejos y gastados entre las manos.

—No lo haré —replicó ella con rotundidad—. Puede obligarme a volver a Londres, pero todavía no

puede obligarme a que me case. Si no me he casado al final de la temporada… cuando se haya dado cuenta…

—¿Crees que, al margen de las maniobras de nuestro padre, podrías encontrar alguien a quien querer o alguien que te quiera? —preguntó David con tono escéptico.

Él se inclinó hacia delante y le tomó una mano entre las suyas. Ella, instintivamente y sin poderlo evitar, la retiró. El inesperado contacto hizo se le encrespara cada nervio del cuerpo.

David se dejó caer contra el respaldo del asiento con los ojos cerrados.

El silencio se hizo más profundo y cuando Thea habló pareció como si sus palabras cayeran en un abismo.

—Espero con toda mi alma que no.

—¡Richard, de verdad! ¿Qué te crees? ¡Setenta mil libras! ¡Claro que lo aceptó! Después de todos mis esfuerzos para fomentar la relación, ¿dónde estabas tú? ¡En Kent!

Richard Blakehurst escuchó con paciencia la perorata de su tía Victoria Arnsworth. Ya había oído otras veces casi el mismo sermón de la condesa.

—¡Te escribí para explicarte lo urgente que era! Ahora, esa desdichada muchacha está prometida. ¡Con otro!

Richard, para sus adentros, elevó una plegaria de agradecimiento, se sentó todo lo cómodamente que pudo en una butaca de estilo egipcio pensada para una mujer, no para un hombre de casi dos metros, y miró las frascas que había sobre una mesa con dos patas con forma de esfinges. Su taza de té no era el estímulo que necesitaba en esas circunstancias. Aun así, sería

muy descortés rechazar el té y cruzar la sala para servirse una copa de brandy. Los buenos modales y una taza de té no eran gran cosa para tonificar a alguien ante un ataque furibundo contra su soltería. En otras ocasiones había sido grave, pero que la semana anterior una heredera se hubiera prometido con alguien que no era él, había desatado una crisis en Victoria.

—Al fin y al cabo, Richard, si no vas a heredar el condado por el matrimonio egoísta de Max, tendrás que situarte de alguna manera y ¿cuál mejor que…?

—No —dijo él antes de que ella pudiera seguir—. Victoria, tengo dinero y no necesito casarme con una fortuna —la pulla sobre el matrimonio de su gemelo le dolió—. Además, nadie se alegra tanto del matrimonio de Max como yo. Es feliz. Tienes que darte cuenta.

—¡Este año ni siquiera ha aparecido por la ciudad! —replicó su madrina, que lo miró con furia.

—No —confirmó Richard con paciencia—. Verity está encinta y ha querido quedarse con ella. Braybrook prometió mantenerlo informado de todo lo que pasa en la Cámara de los Lores.

Al parecer, saber que su otro sobrino, el conde de Blakehurst, no descuidaba sus obligaciones parlamentarias no sirvió para sofocar a Victoria.

—Richard… tienes que casarte. ¡Es tu obligación!

¿Su obligación? ¿Hacia quién? ¿Hacia qué? La obligación se reservaba para los herederos. Él acababa de comprarse unos terrenos. ¡No podía ser tan apremiante!

—Victoria… ¿a quién… debo eso…?

—¡Al condado! —exclamó ella mientras dejaba la taza en el plato con vehemencia.

Richard se quedó boquiabierto. ¿El condado? Aquello era un poco excesivo. Había tenido dos hermanos entre él y el dichoso condado y nunca había esperado heredarlo; ni había querido. Sobre todo,

cuando habría significado la muerte de sus hermanos. Dejó la taza de té tibio, fue hasta las frascas y se sirvió una copa de brandy. No hizo caso del evidente gesto de censura de Victoria. Era un poco temprano, pero dada la actitud Victoria necesitaba algo más fuerte que una taza de té si no quería discutir acaloradamente. Volvió a sentarse y dio un sorbo.

—Victoria —le dijo con calma—, la muerte de Frederick fue un golpe de mala suerte. ¡No creo que esperes que le pase lo mismo a Max! Además, está casado y Verity está esperando su primer hijo. ¿Por qué iba a ser mi obligación casarme?

—Puede ser una niña —replicó ella con tono esperanzado—. Es más, no me extrañaría que esa… esa mujerzuela le diera un montón de hijas.

—Verity no es una mujerzuela —dijo Richard con los dientes apretados.

Victoria tuvo la delicadeza de parecer algo turbada.

—Bueno… da igual, Richard, ¡no hay ninguna garantía de que vaya a tener un heredero!

Efectivamente, no había ninguna garantía. Además, dado el pánico de su gemelo por el embarazo perfectamente normal de su adorada condesa, era muy posible que hubiera hecho juramento de castidad eterna. No se podían descartar los riesgos, un parto era un parto, pero…

—¿Y el parto? —siguió Victoria como si le hubiera leído el pensamiento—. ¡Nunca se sabe lo que puede pasar! De verdad, Richard, estás siendo muy poco juicioso sobre esto.

El dominio de sí mismo se esfumó y estuvo a punto de escupir el brandy.

—Max es mi gemelo, milady, y lo aprecio mucho, como a Verity. No podéis esperar que sea juicioso cuando insinuáis que prevea su muerte al dar a luz.

Él notó una sombra de satisfacción lúgubre en la expresión de Victoria, pero ella se repuso inmediatamente.

—Richard…

—¡Basta! —él levantó una mano—. Pienso casarme.

—¿Con quién? —ella parpadeó—. Este año se presentaron varias muchachas aceptables y todas y cada una están prometidas ¡mientras tú estabas tranquilamente en Kent! Lady Sarah Wilding, la señorita Creighton —empezó a contar con los dedos—, Scantlebury… —hizo una levísima mueca con los labios—…comerciantes, claro, pero ¡cien mil! No es mala asignación… ¡Todas prometidas! —lo miró con ira—. ¿En quién has pensado?

—¿Cómo iba a saberlo? —contestó él sin inmutarse—. ¡Sólo puedo decirte que no voy detrás de una heredera! Además, conoces a Max y seguramente Verity y él tendrán una docena de hijos idénticos a su padre —observó, fascinado, que Victoria se congestionaba y emitía unos sonidos como si estuviera asfixiándose—. Quiero decir, no ha tardado mucho esta vez. Llevan poco más de nueve meses casados.

Ella le lanzó una mirada que habría fulminado a un dragón.

—No me parece un tema de conversación apropiado y si no tienes la más mínima consideración hacia alguien que sólo piensa en lo mejor para ti… —se detuvo y tomó una profunda bocanada de aire—. Bueno, eso no viene al caso. Llegaste ayer, ¿dónde estás alojado?

Él sintió un escalofrío en la nuca por el súbito cambio de tema.

—Por el momento, con Braybrook —contestó él—. Sin embargo, pienso quedarme unas semanas y buscaré algún alojamiento.

No pensaba contarle a Victoria que además del terreno que había comprado el año anterior también estaba comprándose una casa en la ciudad; seguramente le diera un síncope cuando se enterara, ya que el barrio de Bloomsbury no le parecería el indicado para un caballero.

—¿Piensas participar en la temporada? —ella lo preguntó como si albergara pocas esperanzas.

—En realidad, sí —reconoció él.

—¿De verdad? —su tía parpadeó—. Entonces… deberías quedarte aquí…

—¿Aquí? —preguntó Richard con poco convencimiento.

—¡Naturalmente! ¡Algún alojamiento! —ella se encogió de hombros con disgusto—. Claro que tienes que quedarte aquí.

Él lo pensó y prefería cualquier otro alojamiento. Era mucho más seguro. Conocía los indicios y Victoria estaba tramando algo, algo que tenía que ver con él. Por otro lado… podía eludir sus intentos de emparejarlo; aunque a ellos se añadiera su propio propósito de encontrar una novia ese año. Además, si se quedaba con Victoria, podría influir positivamente en el concepto que tenía sobre Max y Verity. Si la convenciera de que a él no le importaba y que nunca había considerado que el condado era suyo, quizá se reconciliara con ella. Pasar unas semanas en la residencia Arnsworth sería un precio barato por limar las diferencias de la familia.

—Eres muy amable, Victoria —Richard lo dijo con un regocijo contenido—, pero no me gustaría ser una molestia.

—Claro que no lo eres, Richard —ella hizo un gesto desdeñoso con la mano—. ¿Vendrás a cenar esta noche?

—No. Esta noche tengo que quedarme con Braybrook. Pronto haré que traigan mis cosas, si te parece bien.

Lady Arnsworth estuvo a punto de relamerse como una gata ante un plato de leche.

—Muy bien. Myles te dará una llave.

—Gracias —dijo Richard con más recelo que nunca.

—Qué bobada, Richard. Además, no pienses que espero que me hagas caso. A lo mejor no lo sabes, pero esta temporada voy a ser la señorita de compañía de Dorothea Winslow.

—¿Señorita de compañía de Thea? —Richard la miró fijamente—. Pero… ¿no se ha…? Se habrá casado hace años.

—¿Casarse Dorothea? —Victoria abrió los ojos como platos—. No. Fue una historia muy triste. Supongo que te acordarás de que se prometió a uno de los hijos pequeños de Chasewater.

Richard lo recordaba perfectamente. Con poco más de diecisiete años, Thea Winslow se encontró prometida a Nigel Lallerton, tercer hijo del fallecido conde de Chasewater. Como caballero destinado a hacer carrera en el Parlamento, exigía una novia con buena dote y Thea cumplía el requisito. Lallerton, sin embargo, falleció en un accidente con una pistola.

—Había dado por supuesto que se había repuesto y se había casado —se justificó él, que había pasado unos años lejos de la ciudad.

—Desdichadamente, no, Richard. ¡Qué fidelidad tan emotiva! Naturalmente, una siente compasión por ella, pero… Hace unos cuantos años que el pobre Nigel Lallerton falleció…

Richard la miró fijamente. Recordaba que Thea se retiró de la sociedad después de la muerte de Lallerton

y podía entenderlo si sentía afecto por él, pero ¿no casarse? ¿Tanto quiso a Nigel Lallerton que se recluyó completamente después de su muerte? Él no trató mucho a Lallerton, pero lo recordaba como un fanfarrón. Desechó el pensamiento inmediatamente, al fin y al cabo estaba muerto y Thea podría haber visto otro aspecto de él, pero de ahí a no casarse…

—Ella no puede pasarse la vida de luto y creo que Aberfield considera que ha llegado el momento de… —siguió Victoria.

No terminó la frase, pero Richard pudo imaginarse el final fácilmente. No podía permitir que Thea Winslow enclaustrara indefinidamente su corazón, su mano, mejor dicho. Tenía que encontrar un marido. La ambición política de su padre lo exigía.

—Claro que tiene que casarse —Victoria dijo en voz alta lo que él estaba pensando—. Si no hubieran estado de luto por la pobre lady Aberfield, seguramente la habría traído a la ciudad el año pasado. Es antinatural que Dorothea desperdicie su vida porque su primera ocasión tuvo un final tan prematuro.

Hubo algo en el tono desenfadado de Victoria que despertó su recelo, como si fuera una liebre que había olido a los sabuesos.

—Mmm…

—Aberfield, naturalmente, desea un matrimonio ventajoso. Dorothea, sin embargo, no es una belleza. Estaba bien, pero a los veinticuatro años ya no es una muchacha casadera y supongo que habrá perdido cierta frescura. Aun así, estoy segura de que recibirá alguna oferta.

—¿No estarás pensando en mí como un pretendiente, verdad? —preguntó él sin rodeos.

—¡Claro que no, Richard! —exclamó ella con los ojos muy abiertos—. Por muy incondicional que sea,

no puedo imaginarme que Aberfield aprobara tu cortejo.

—¿Mi cortejo? —Richard no supo si había oído bien—. ¿Has dicho mi cortejo, Victoria? No sabía que fuera a cortejarla.

—Claro que no —replicó ella con enojo—. ¡Cómo te lo tomas! Naturalmente, cuando Aberfield me escribió para que fuera la señorita de compañía de Thea, pensé en ti. Al fin y al cabo, te gustaba.

—Era una niña… —Richard intentó mantener la calma—. No pensaba en ella como una novia.

En realidad, en su momento le molestó saber que se había prometido.

—Muy bien —ella hizo otra vez un gesto desdeñoso—. No importa. Creo que Aberfield ha extendido los tentáculos. Está buscando una alianza política con un hombre con mucho más peso, puedes estar seguro.

—Es muy juicioso.

Richard tuvo que contener un arrebato súbito de rabia ante la idea de que utilizara a Thea como recurso para una alianza política… otra vez.

Victoria, que pareció no darse cuenta del tono cortante de su voz, pasó a enumerar la lista de posibles pretendientes, por linaje y fortuna, a la mano de la hija del influyente vizconde.

—Para tu conocimiento, ella llega esta tarde a la ciudad y tengo que estar preparada.

Él sintió una punzada extraña de curiosidad. La residencia Aberfield estaba en la misma plaza que la residencia Arnsworth y quizá Thea pasara a visitarlos. Le gustaría volver a verla…

La residencia Aberfield no había cambiado lo más mínimo desde que Thea la vio por última vez, hacía

ocho años. Carnely, el mayordomo, tenía alguna arruga más, pero por lo demás, parecía haber retrocedido en el tiempo. Mientras David llamaba a la puerta de la biblioteca, Thea se miró en el espejo de cuerpo entero que había en el recibidor, se colocó bien el sombrero, intentó meter un mechón de pelo y pensó que todo aquello era innecesario. Estaba cansada y sucia por el viaje. Le habría gustado ir antes a la residencia Arnsworth para cambiarse y asearse, pero, al parecer, su padre se había empeñado en verla primero. Quizá fuera mejor dejarlo zanjado. Además, a su padre le disgustaría su aspecto o, si no, su simple existencia, independientemente de lo que hiciera. Se recordó con pesar que si bien la residencia Aberfield no había cambiado, ella sí. Ya no era la jovencita desconsolada que se marchó de allí hacía ocho años.

La ligera llamada de David en la puerta recibió un grito para que entrara. Ella entró con la cabeza gacha y el rostro inexpresivo. Una mirada fugaz bastó para que viera a lord Aberfield sentado frente al fuego con un pie vendado y sobre un escabel. Thea soltó una maldición para sus adentros; tenía gota y estaría de un humor de perros.

David la acompañó hasta la butaca, le sonrió y miró a su padre con un gesto de advertencia.

—Buenas tardes, milord.

Aberfield miró a David con furia.

—Te ha costado llegar, ¿no?

—La próxima vez pediré unos caballos con alas, milord —contestó David con un tono casi burlón.

Aberfield frunció el ceño y miró a Thea.

—Siéntate. Deprisa. No puedo perder todo el día con esto. En cuanto a ti, mocoso —se dirigió a su hijo—, espera fuera para llevártela con Victoria Arnsworth. Ya no pintas nada aquí.

—No estoy de acuerdo, señor —replicó él con calma pero con los ojos como ascuas—. Me quedaré.

—¡Ni hablar! —exclamó Aberfield—. Ya te has entrometido bastante al escribir esas cartas difamatorias.

La cara de David reflejó satisfacción.

—Se trata de eso. ¡Él recibió mis cartas antes de morir!

—Fuera —el tono delicado de la voz de Aberfield no ocultó su furia.

—Idos al infierno, milord.

Thea parpadeó y se sentó. El tono de David había sido tan cortés como cuando deseó buenas tardes a su padre y ella no entendía absolutamente nada de lo que estaban hablando. ¿A quién había escrito David y qué tenía que ver con que ella hubiera ido a Londres? Aberfield, incapaz de eludir el desafío frontal de su único hijo y heredero, desvió su atención hacia Thea.

—No pongas esa cara de mosquita muerta. No me engañas. Sé lo que…

—¡Basta! —dijo David tajantemente.

—Supongo que él te habrá dicho por qué te he mandado llamar, ¿no? —siguió Aberfield.

—No —contestó Thea.

—¿No? —él se puso colorado—. Si digo que es un entrometido…

—No tengo ni idea de por qué me habéis mandado llamar —le interrumpió ella.

—¡No me quites la palabra! ¡Estoy rodeado de necios inútiles! —él captó la mirada de David y tomó aliento para intentar dominarse aunque siguió con acritud—. Al menos te habrá dicho que vas a pasar la temporada con Victoria Arnsworth…

—Sí, señor, pero no entiendo por qué.

—Claro que no… ¡Señor, qué habré hecho para tener que cargar contigo! —Aberfield volvió a captar

la mirada de David—. Todo es distinto ahora —tomó un montón de papeles de la mesilla y se lo dio a Thea—. Léelos… si sabes. ¡Maldito embrollo! Creía que lo había dejado muy claro, pero unos cuentos de hadas inducidos por un…

—Hice lo que me pareció acertado, señor —intervino David.

Aberfield emitió un sonido inusitado, pero se dominó y se dirigió a Thea.

—David ha tenido que inmiscuirse, ¡que el cielo lo confunda! No tengo elección, pero si vas a casarte, ¡te casarás como yo diga!

Ella miró a David. Él negó con la cabeza y con un gesto como si se disculpara levemente.

—Léelos, Thea —dijo David con delicadeza.

Thea se inclinó hacia delante y tomó los papeles que le entregaba su padre. Hizo un esfuerzo para mantener el gesto sereno y que no le temblaran las manos. El primer documento fue más que suficiente. Era una carta de un despacho de abogados de Londres que informaba a lord Aberfield de que tenían la triste tarea de comunicarle el fallecimiento en Bombay, hacía unos meses, de su cuñado Theodore James Kirkcudbright. Thea se mordió el labio. El tío Theo había sido su padrino. Ella fue, en su momento, su heredera. Siguió leyendo. Los abogados remitían a lord Aberfield el testamento del señor Kirkcudbright, que les parecía muy distinto al anterior. También había dos cartas del difunto señor Kirkcudbright. Una iba dirigida a su estimado cuñado el quinto vizconde de Aberfield y la otra a Dorothea Sophie Winslow, su ahijada y única hija del mencionado vizconde de Aberfield. Creían los abogados que dichas cartas explicaban claramente las intenciones del señor Kirkcudbright, se ponían a su disposición, etcétera.

Perpleja, Thea desdobló la carta dirigida a ella. Su padrino no le había escrito una carta desde hacía varios años, desde que le escribió para expresarle su vergüenza y decepción.

Mi querida Dorothea:

Cuando leas esto, yo estaré enterrado y sólo podré rezar para que tu hermano no se haya dejado llevar por la parcialidad al recalcar tu inocencia en el asunto que tu padre me contó hace unos años. Entenderás que al volver a incluirte en mi testamento he dispuesto los controles más estrictos sobre tu herencia para que no vuelvas a caer el la senda de la tentación. No tengo intención de recompensar ninguna trasgresión sino de mostrar mi buena voluntad y de darte la oportunidad de que repares la situación con un buen matrimonio.

Tu padrino y tío que te quiere,

Theodore Kirkcudbright.

David lo había convencido para que volviera a incluirla en su herencia.

Con un nudo en el estómago, tomó la carta remitida a su padre y dudó.

—Va dirigida a vos, señor.

—¡Léelo todo! —bramó él—. ¡Maldito necio! ¡Se lo dije! ¡Le advertí de lo que eres… y hace esto!

Thea, temblorosa, leyó la carta y frunció el ceño. Recibiría doscientas libras al año entre los veinticinco y los treinta años, a menos que se casara con el consentimiento de su padre, en cuyo caso recibiría el resto de los ingresos inmediatamente… el señor Kirkcudbright había comprendido, según su sobrino, que Thea no tenía toda la culpa… que la actitud necia de Aberfield… Miró a su padre por

encima de la carta. No le extrañaba que estuviera al borde del síncope.

Doscientas al año… faltaban menos de tres meses para que cumpliera veinticinco años… sería libre e independiente. ¿Qué pasaría cuando cumpliera treinta años?

Volvió al testamento. Al margen de algunas herencias menores, todo era para ella. Cuando cumpliera treinta años, pasara lo que pasara, recibiría el total de la herencia.

Atónita, levantó la mirada y se encontró con los ojos de su padre, rebosantes de acritud.

—¿Y bien? —preguntó él—. ¡Menudo embrollo! ¡Le conté lo que había pasado y hace esto! Ya no tiene solución… ¡tendrás que casarte! Victoria Arnsworth te buscará un marido.

—Sólo si Thea quiere —intervino David.

Aberfield no le hizo caso.

—No debería ser muy difícil con cincuenta mil libras para allanar el terreno.

Thea dejó caer los papeles.

—¿Cincuenta mil?

—Es la cifra aproximada —Lord Aberfield soltó un gruñido—. En fidecomiso, naturalmente. Por suerte, Theodore conservó la sensatez pese a la intromisión de David. ¡También te aseguro que me ocuparé de que no recibas más de doscientas al año si no te casas con mi consentimiento!

Doscientas al año hasta que tuviera treinta años. Thea no dijo nada y recogió los documentos del suelo. Era un patrimonio y la independencia. Además, lo recibiría dentro de menos de tres meses. Sólo tenía que eludir las maniobras de su padre para casarla a su antojo hasta entonces. Un sonido extraño le llamó la atención y levantó la mirada; Aberfield estaba rechinando los dientes.

—No te hagas ilusiones de instalarte por tu cuenta después de tu cumpleaños —le avisó él—. Estarás casada mucho antes. Es más, ¡estarás casada antes de que termine la temporada! —esbozó una sonrisa triunfal—. Serás de Dunhaven.

—¡Qué! —exclamó David—. ¿Dunhaven? Por el amor de Dios, señor, ¿os habéis vuelto loco?

Aberfield dio un puñetazo al brazo de la butaca.

—¿Quién si no iba a quedársela? —miró a su hija con desprecio—. No tiene sentido ponerse quisquilloso a esta alturas. Se trata de casarla.

—Thea —dijo David—, no tienes que…

Ella lo calló con la mano, levantó la barbilla y miró a Aberfield desde un punto de vista completamente distinto, con la posibilidad de decidir.

—Doy por sentado, señor, que lord Dunhaven se ha quedado viudo —dijo ella para ganar tiempo.

—Acaba de terminar el luto y está buscando una novia —confirmó su padre.

Ella le dio vueltas a la cabeza frenéticamente. Sería mucho más seguro aparentar que accedía. Más seguro que oponerse frontalmente. Él ya demostró una vez que haría cualquier cosa para obligarla a ceder… Si conseguía que el creyera que iba a pasar por el aro…

Se levantó con calma.

—Entonces, estaré encantada de reanudar mi amistad con lord Dunhaven. No os entretendré más, señor. Estoy segura de que estaré a salvo bajo el techo de lady Arnsworth.

David tomó una bocanada de aire y ella captó que la había entendido perfectamente.

—Recuerda que esta vez harás lo que se te diga —Aberfield estaba congestionado—. ¡No esperes que te proteja si vas demasiado deprisa con otro pretendiente!

—Nunca esperaría tal cosa, señor —replicó ella con cierta indignación.

—El señor y la señorita Winslow —les anunció Myles, que miró a Richard con cierta compasión.

Había acertado, era una trampa y Myles lo sabía todo. No le habría extrañado que la butaca en la que estaba sentado lo hubiera atrapado con unos grilletes mientras Victoria se levantaba para saludar a sus invitados. Richard también se levantó en cuanto Thea Winslow y su hermano se acercaron. Entonces, parpadeó por la incredulidad. ¿Podía ser Thea? Iba vestida de gris, sin asomo de color, sin un volante o un bordado que adornara su sombrero y su chaquetón. Parecía más una gobernanta que una heredera.

—Bienvenidos, queridos —Victoria tomó a Thea de la mano y la besó en la mejilla—. Querida Dorothea, pasa y siéntate —la acompañó hasta una butaca sin dejar de palmearle la mano—. Seguro que estás agotada después del viaje. ¿Quieres que pida un poco de té?

Hasta sus mejillas parecían grises. Richard sintió una punzada. ¿Seguiría de luto por Lallerton?

Por un instante, sus miradas se cruzaron y él se quedó helado al darse cuenta de que ella no lo había reconocido. Sin embargo, ¿la habría reconocido él? Los delicados rizos rojizos seguirían iguales escondidos debajo del sombrero. Los ojos… quizá fuera por el gris del vestido, pero él los recordaba más azules que grises. También recordaba que su rostro era expresivo, no una máscara afligida. Además, estaba más delgada de lo que recordaba. Podría haberse cruzado con ella por la calle o hablar con ella sin darse cuenta de quién era. Sin embargo, al fijarse con más deteni-

miento, la reconocía de una forma extraña, como quien capta el parecido entre una muñeca y una amiga. Sintió un dolor muy profundo. ¿La pena había hecho eso con ella?

La respiración de Thea se entrecortó al darse cuenta de que había un caballero con lady Arnsworth. El caballero se levantó y la miró con una sonrisa amistosa. Ella levantó un poco la barbilla. Le resultaba conocido… era alto, delgado, con el pelo castaño oscuro, su cara algo afilada… no, no podía ser…

—Seguro que los dos recordáis a mi sobrino Richard Blakehurst.

Efectivamente, era Richard Blakehurst. El sobrino y ahijado de lady Arnsworth. Richard y su pierna rota. De niño pasó unos meses allí reponiéndose de una caída de un caballo y llegó a pensarse que no podría volver a andar sin la ayuda de unas muletas.

David fue el primero en hablar y lo hizo con un tono frío y punzante.

—Blakehurst, no esperaba veros aquí.

Richard entrecerró los ojos ante un recibimiento tan gélido.

—Lo mismo digo, Winslow. ¿Qué tal estáis?

David, con un brillo en los ojos, se acercó para estrechar su mano.

—Encantado, Blakehurst —contestó con todo menos cortesía.

Thea notó que le abrasaban las mejillas. David no pensaría que Richard era un cazafortunas o que podía significar el más mínimo peligro para ella…

Richard, con indiferencia aparente, se volvió hacia ella. Ella tragó saliva y asintió con la cabeza.

—Sí… Recuerdo al señor Blakehurst. ¿Estáis bien, señor?

Él la miró. Ella se había olvidado de lo expresivos

que eran aquellos ojos oscuros. Tampoco lo recordaba tan alto ni con un rostro de facciones tan… duras.

—Muy bien, gracias, señorita Winslow —Richard inclinó la cabeza—. Encantado de volver a veros.

El pánico se adueñó de ella cuando él se acercó con la mano extendida. Iba a tomarle la mano; iba a tocarla. Además, se había quitado los guantes en el recibidor… Era Richard, lo conocía de niño, se recordó para mantener la calma. Sin embargo, Richard Blakehurst ya no era un niño. Era alto y con espaldas anchas… pese a la leve cojera, era un hombre… Ella levantó la barbilla premeditadamente, se preparó para sobrellevar el pánico habitual y alargó la mano. Él la tomó con delicadeza. Ella se quedó sin aliento y sintió una calidez chispeante por todo el cuerpo.

Sus miradas se encontraron; la de él, súbitamente, era intensa, casi de asombro. Ella notaba estremecedoramente la fuerza de sus dedos, que se cerraron con un poco más de fuerza, como si reclamaran algo, y acto seguido la soltó. El silencio repentino le pareció cargado de tensión por su presencia mientras ella intentaba entender lo que había pasado.

—Siéntate, querida Dorothea —intervino lady Arnsworth—. Me alegro de que Richard estuviera aquí para recibirte. Han pasado bastantes años desde que os conocisteis.

—Ocho… más o menos —contestó Thea mientras se sentaba.

Él había asistido a su baile de presentación en sociedad. Fue hacía ocho años, pero su contacto no la abrasó.

—Claro —dijo lady Arnsworth mientras se volvía hacia su sobrino—. Aunque, creo que has visto al señor Winslow de vez en cuando.

—No mucho últimamente —replicó Richard mientras se sentaba otra vez.

Thea intentó atender a lady Arnsworth, que le esbozó los planes que tenía para la temporada.

Richard tendría treinta y dos años. Era unos ocho años mayor que ella. No podía ser más alto de lo que lo recordaba. Se lo parecería por algún motivo. Lo miró de soslayo un par de veces para intentar entender qué tenía que le parecía tan distinto.

Lady Arnsworth siguió detallando su programa. Almack's, naturalmente, el selecto club que admitía hombres y mujeres…

Seguramente había ensanchado. Tenía que ser eso. Ya no era el joven flacucho que recordaba. Se preguntó si todavía jugaría al ajedrez. Había sido un contrincante temible y estaba segura de que lo sería mucho más. Había algo en su mirada serena y controlada que lo dejaba entrever. Del agua mansa me libre Dios, decía el refrán. Sin embargo, nada de eso explicaba por qué su cuerpo se había estremecido y había cobrado vida cuando le tomó la mano…

Lady Arnsworth se pavoneó un poco cuando enumeró las invitaciones que recibirían. Cuando la gente supiera que su querida Dorothea estaba en la residencia Arnsworth, recibirían montones de invitaciones. Además, lord Dunhaven ya había dejado su tarjeta.

Richard dejó escapar un sonido como si se atragantara y cuando Thea lo miró, tuvo la impresión de que algo lo había disgustado. Su mandíbula parecía tallada en piedra. Miró a David y su mandíbula tenía exactamente el mismo aspecto, pero no le extrañó después de lo que él le había contado de lord Dunhaven mientras iban hacia allí.

Lady Arnsworth siguió enumerando los respetables anfitriones que se sentirían entusiasmados de recibir a la honorable señorita Winslow. La honorable y adine-

rada señorita Winslow. Lady Arnsworth no tuvo empacho en decirlo con todas las letras.

La mirada insondable de Richard se encontró con la de ella y Thea se obligó a sostenérsela, a no cambiar de expresión… Richard había… crecido. Nada más. Había sido una sorpresa, nada más; nada más profundo.

—Estoy segura de que nos invitarán a todos lados —concluyó lady Arnsworth—. Todo el mundo querrá conocer a Dorothea, puedes estar seguro.

—No lo dudo —dijo Richard—. Lo contrario sería inaudito.

Thea entrecerró los ojos ante el tono irónico y dominó un arrebato de indignación. No podía permitir que nadie notara nada.

Lady Arnsworth lanzó una mirada asesina a su sobrino y se volvió hacia Thea otra vez.

—¿Querida, no quieres subir a tus aposentos para descansar? La cena tardará un poco, pero ¿quieres una bandeja con un té?

Richard dejó escapar otro sonido, pero lady Arnsworth lo pasó por alto y sonrió a David.

—También me imagino, señor Winslow, que querrá informar a lord Aberfield de que Dorothea está sana y salva conmigo. Mi sobrino os acompañará. Yo debo despedirme ahora.

Dos

El tono de Richard fue evidentemente forzado cuando dijo a su tía que no era ninguna molestia para él, pero Thea no tuvo tiempo de meditarlo mientras se despedía de David y lady Arnsworth la acompañaba a su habitación.

Por el pasillo del piso superior, lady Arnsworth se deshizo en alabanzas sobre los encantos de Londres, sobre todo…

—…para una joven con una dote como la tuya, querida Dorothea.

Thea no pudo reprimir un escalofrío al acordarse de toda la gente que acosaba a las herederas, de los caballeros sonrientes que fingían aprecio mientras… Desechó la idea. Se defendería perfectamente en cuanto se hubiera acostumbrado. Sin embargo…

—Señora, yo… preferiría no tener docenas de pretendientes dándose codazos. Al fin y al cabo…

Al fin y al cabo, ¿qué? ¿Qué podía decirle para convencerla de que no quería un marido?

Lady Arnsworth abrió la puerta de sus aposentos con un rostro inexpresivo.

—¿Docenas de pretendientes? —ella lo preguntó como si nunca hubiera pensado en tal cosa.

Thea se ruborizó. ¿Acaso había perdido su atractivo?

—Bueno, cazafortunas —puntualizó mientras entraba en la habitación.

Un doncella estaba ordenando sus cosas.

—¿Cazafortunas? ¡Ni hablar! No ocurrirá nada de eso.

—¿No…? —preguntó Thea como si le pareciera igual de probable que el sol saliera por el oeste.

—No… Estarás muy cómoda en esta habitación… No te preocupes por los cazafortunas. Puedes confiar en mí para que me ocupe de eso. ¡Sólo de pensarlo…! La doncella habrá deshecho tu equipaje enseguida. Si quieres cualquier cosa, pídemela, naturalmente.

—Gracias, señora —dijo Thea con cortesía—. Mmm, parecéis muy convencida acerca de los cazafortunas.

—Bueno… ya has terminado —lady Arnsworth hizo un gesto a la doncella—. Así está bien.

La doncella inclinó la cabeza y se marchó. Lady Arnsworth se volvió hacia Thea.

—Querida, qué muchacha tan juiciosa eres —la noble le tomó la mano entre sonrisas—. Naturalmente, tus circunstancias captarán cierta atención, pero puedes descansar tranquila. Yo, como responsable de ti, me ocuparé con todo esmero de que sólo conozcas a los pretendientes más idóneos. Dos, tres como mucho, serán más que suficientes.

Thea parpadeó y contuvo un escalofrío cuando lady Arnsworth le palmeó la mano. ¿Dos o tres? ¿Qué pensaría si supiera que no quería ningún pretendiente?

—En cuanto a eso, señora, no tengo pensado casarme. Yo… la simple idea me parece…

Lady Arnsworth miró hacia otro lado dándole vueltas a los anillos.

—Ya. Tu padre me habló de eso… Naturalmente, son cosas que se saben —el tono de su voz era extraño,

no era disgusto…—. En general, no lo apruebo, pero dadas las circunstancias… Además, tu fortuna es considerable. Estoy segura de que no debes preocuparte.

Ella siguió dando vueltas a los anillos sin mirar a Thea, que estaba atónita. Thea no replicó, pero se mordió con fuerza el labio inferior.

—Naturalmente, tantos años te habrán dado mucho tiempo para reflexionar —terminó lady Arnsworth.

—Efectivamente —confirmó Thea una vez recuperada la voz.

—Sin duda, tus sentimientos son comprensibles —dijo lady Arnsworth con cautela—. A mí también me pareció muy desagradable el acto del matrimonio, pero es nuestra obligación. Cuando hayas cumplido con tu obligación y tengas un heredero, y otro hijo por si acaso, claro, la mayoría de los caballeros respetarán el decoro natural de una mujer y satisfarán sus placeres en otro sitio, si lo deseas… Los hombres, evidentemente, son distintos. Muy distintos. Ahora, tengo que cambiarme. Esta tarde voy a salir, pero mañana tenemos que hacer algunas compras —miró con pesadumbre el vestido de Thea—. ¡Es muy importante que tengas un guardarropa nuevo! Estoy segura de que te sentirás muy distinta cuando estés adecuadamente vestida.

Dicho eso, lady Arnsworth salió de la habitación y Thea se quedó mirando la puerta con el convencimiento de que su padre le había contado la verdad. Al menos, la verdad según él. Además, tuvo la extraña sensación de que las cincuenta mil libras no habían sido lo que había inclinado la balanza para lady Arnsworth… aunque, sin duda, lo serían para la mayoría de la sociedad. Se le revolvió el estómago al pensar en los dos meses que la esperaban. Dos meses rodeada de personas que la observarían… personas que le darían la espalda si supieran la verdad… El pánico la atenazó con unas

garras que conocía muy bien. Hizo un esfuerzo para serenarse y para no pensar en nada. Sintió como una advertencia gélida que la dejó temblorosa, pero libre y racional. Libre para preguntarse si había estado completamente loca al pensar que podría sobrellevar aquello.

Cuando Victoria y su invitada salieron de la sala, Richard contuvo la necesidad de maldecir con todas sus fuerzas. Se sintió maravillado por lo impecable que era la trampa. Una trampa que contaba con sus buenos modales. Los mismos buenos modales que impedirían que estrangulara a su madrina cuando volviera.

—Vaya coincidencia que estuvierais aquí para recibir a mi hermana, Blakehurst —comentó David con tono cáustico.

—Efectivamente —Richard notó que su serenidad habitual se alteraba—. Sentaos Winslow.

—¿Vais a quedaros en la ciudad? —preguntó David con un tono engañosamente despreocupado y sin sentarse.

—Efectivamente —repitió Richard en absoluto engañado—. Es más, me quedaré aquí.

Se hizo un silencio sepulcral. Richard se sentó y esperó. Los ojos grises de Winslow parecían las hojas de sendas espadas.

—Qué… casualidad.

El temperamento de Richard no sólo se alteró, empezó a echar humo. La actitud de Winslow era la de un hermano mayor que la protegía, pero Richard no conseguía comprender por qué había que proteger a Thea. Además, la mirada imperturbable de Winslow transmitía algo más: desdén.

—¿Queréis una copa de brandy? —le ofreció.

—No, gracias —la rechazó Winslow—. Me marcharé.

—Volveré a veros —Richard sonrió—. Sin duda, vendréis a visitar a la señorita Winslow.

—Podéis estar seguro —replicó su hermano con firmeza—. Aunque sólo sea para vigilar toda la bazofia que se concentra alrededor de una heredera.

Richard parpadeó y acto seguido notó que la furia aumentaba. Hacía mucho tiempo que nadie lo acusaba de ser un cazafortunas. Además, cuando lo hicieron, él por lo menos sabía muy bien cuál era la fortuna de la muchacha, pero en ese caso…

—No hace falta que llaméis al mayordomo. Encontraré la salida —David saludó y se marchó.

Una vez solo, Richard soltó algunas de las cosas que reprimió cuando se marchó Victoria. Él sabía que Thea tendría una dote respetable, pero el termino «heredera» daba a entender mucho más. Además, si bien la manía de Victoria de ponerle herederas en su camino le había causado situaciones comprometidas en alguna ocasión, no recordaba que nunca le hubiera hecho temer por su vida. Los ojos de Winslow habían tenido el brillo inconfundible de dos pistolas. Tomó aliento. Además, también estaba la propia Thea. Había experimentado un cambio que iba más allá de la edad. Más allá del paso de una chica recién presentada en sociedad a una joven. Thea, cuando niña, era vivaracha y traviesa. Thea, la mujer, parecía medio sumida en la penumbra… sólo hubo un destello de luz cuando se tocaron las manos, como si algo se hubiera despertado en el interior de ella. En cuanto a su dichosa fortuna, desconocida hasta el momento… Winslow tenía razón, atraería a una horda de cazafortunas.

Cuando Victoria volvió a la sala, él ya había conseguido calibrar exactamente la situación.

Victoria estaba haciendo de casamentera. Ni más ni menos.

—Se me había olvidado decirte que Dorothea será mi invitada durante la temporada —comentó ella con desenfado—. ¡Qué espantosamente olvidadiza se hace una con los años!

Richard, muy a su pesar, estuvo a punto de sonreír.

—Claro, qué espanto —dijo él con seriedad.

Aunque ni él ni nadie más se atrevería a insinuar a Victoria que tenía muchos años. Sin embargo, se confundía mucho si esperaba que él se creyera que no había preparado todo aquello. De vez en cuando, la situación exigía cierta falta de tacto y él decidió no tenerlo.

—Victoria… ¿qué estás tramando?

—¿Tramando? —preguntó ella con las cejas arqueadas—. ¿Por qué crees que estoy tramando algo?

—Victoria, no malgastes saliva —replicó Richard rotundamente—. Dime con toda exactitud a cuánto asciende la fortuna de Thea. No sabía que la tuviera.

—La fortuna de su padrino —pareció como si Victoria fuera a ceder un poco—. No era algo con lo que podía contarse, aunque él siempre pensó dejársela, pero también podía haberse casado… Además, tampoco es una fortuna descomunal, claro.

Él notó que se le ponían los pelos de punta.

—¿A qué llamas una fortuna que no es descomunal? —insistió él.

—Sólo cincuenta mil libras —contestó Victoria con un gesto de la mano—. Y conseguidas con el comercio, naturalmente.

¿Sólo cincuenta mil? ¡Por todos los santos! Con eso en juego, no le sorprendería saber que Victoria ya tenía el permiso de matrimonio en el bolso y un obispo sumiso en la salita contigua.